

plar castigo. En cuanto á los soldados les prometió una gratificación de 400 sestercios.

Estas amenazas y esta mezquindad, á que no estaban ya acostumbrados los legionarios, fueron recibidas por ellos con irónicas sonrisas. Antonio se enfureció y contestó á ellas cruelmente, diezmándolos: algunos centuriones fueron degollados en su misma casa, á los pies de Fulvia, su esposa, que se cubrió de sangre (1).

Algunos días después, se desembarazó también de muchos sospechosos que al principio había olvidado. Luego dirigió sus tropas á lo largo del Adriático hacia Ariminum (Rimini), mientras él, con escogida escolta, volvía á Roma (octubre 44).

Sin demora convocó el senado con la intención de acusar á Octavio de alta traición, por haber levantado tropas sin misión oficial. Pero supo que dos legiones de Brindis acababan de pasarse á su rival, y el senado le era hostil. Comprendió que en Roma sería batido; que como Sila y César, debía buscar en los campamentos los medios de entrar como dueño en la ciudad, y partió para Ariminum.

Décimo Bruto no se había sometido al plebiscito que lo despojaba de la Cisalpina, é invocaba para legitimar su resistencia la ratificación de los actos de César, hecha por el senado. Antonio iba á expulsarlo de esta provincia, y luego estrecharía su alianza con Lépido, gobernador de la Narbonense y de la España Citerior, y con Planco, que mandaba tres legiones en la Galia Transalpina. Dueño entonces por sí mismo, ó por sus dos amigos, de las provincias que había tenido su antiguo general, pasaría como él el Rubicón y renovaría la historia del dictador con otro desenlace, renunciando á la clemencia que había perdido á César (noviembre).

### III. — EL JOVEN CÉSAR, GENERAL DEL SENADO (ENERO 44).

Cicerón volvió á Roma casi al mismo tiempo. La situación parecía más tranquila: los jefes de los dos partidos habían abandonado la ciudad; los asesinos, ó sea la facción de los grandes, estaba en el Oriente, y Antonio y Lépido, representantes de la soldadesca, en las dos Galias. Era pues lícito pensar que los *hombres de bien*, dueños ahora de Roma y del gobierno, podrían recobrar su influencia con habilidad y energía. Marco Tulio se puso resueltamente á la cabeza y hubo de pensar en los buenos tiempos de su consulado. Con todo eso, bien se le alcanzaba que la espada, no la elocuencia, decidiría la victoria. ¡Y el senado no tenía ejército!

Pero lo tenía aquel joven que acababa de expulsar á Antonio. ¿Sería difícil ganarlo para la buena causa? No era aún más que un nombre, una bandera que servía á los veteranos de punto de reunión; pero ¿no podía el senado servirse de esa bandera? Animado de un piadoso celo, el joven Octavio no tiene otra ambición que cumplir el testamento de su padre: cuando en este empeño se haya arruinado, necesariamente volverá á la oscuridad. Algunos elogios y honores bastarán á esa vanidad de veinte años y su poca edad responde de su docilidad y obediencia. Octavio dará pues á los senadores ese ejército que les falta, y después de la victoria, se romperá el instrumento y en paz. ¿No será un curioso espectáculo y una legítima expiación hacer servir los veteranos de César para consolidar y fortalecer la libertad?

Tales eran las esperanzas en que se mecía el viejo con-

(1) Es la narración, sin duda exagerada, de Marco Tulio (*Philipp.* III, 4, y XII, 6), que habla de trescientas ejecuciones. Según Apiano, se redujo el castigo á sólo algunos legionarios condenados á muerte.

sular, á pesar de los avisos de los que le representaban que aquel joven había mostrado una prudencia y audacia superiores á su edad.

Diez días solamente después de su regreso á Roma, hizo Cicerón en el senado y ante el pueblo el elogio de Octavio; felicitó á las legiones que por él habían abandonado los estandartes del cónsul, y al gobernador de la Cisalpina que resistía valerosamente el ataque del ambicioso general, cuyo título hacía sin embargo de él el jefe legal de la república.

Antonio, en efecto, sitiaba ya á Décimo Bruto en Módena, y renovando Cicerón la inútil campaña de Marcelo contra César, quería que se intimara al cónsul la orden de deponer las armas, salir de aquella provincia y esperar las decisiones del senado; donde no, que se le declarara enemigo público. Y pedía levas, la suspensión de los negocios civiles, el traje de guerra, la declaración de tumulto, etc.

Pero pedía también: para Lépido á quien esperaba separar de Antonio con una pueril satisfacción de vanidad, una estatua ecuestre y dorada, erigida en el Foro; para Octavio la dispensa de las leyes *Annales*, asiento en el senado y el título de propretor. Para que no se objetara su juvenil edad, citaba los mandos prematuros de los vencedores de Zama y Cinoscéfalos; recordaba que Alejandro había conquistado el Asia, diez años antes de tener la edad requerida en Roma para obtener las fasces consulares; y se constituía garante del patriotismo del joven César. Conocía, añadió, sus más secretos pensamientos, y empeñaba su palabra de que el joven Octavio no dejaría de ser nunca lo que era entonces, es decir, lo que se deseaba que fuera siempre.

Más tímido el senado que el ardiente anciano, que al recobrar la palabra volvía á ser tan valiente, concedió lo que se le pedía para el heredero del dictador, añadiendo la erección de una estatua ecuestre (2), asiento en el senado entre los consulares y la ratificación de sus promesas á los soldados, encargándose el tesoro público de pagar su deuda.

Sin embargo, los dos nuevos cónsules, Hircio y Pansa, antiguos amigos de César, propusieron y lograron que se hiciera aún una tentativa para conservar la paz. Los diputados enviados á Antonio volvieron á fines de enero con una contestación inaceptable: pedía para Bruto y Casio el consulado, á fin de hacer sus paces con ellos; para sus legionarios, dinero y tierras (primera condición de todo tratado de paz, desde Sila) y para sí el mando de la Galia Transalpina por espacio de cinco años, con seis legiones y la ratificación de todos sus actos, como se había hecho con los de César.

Cicerón no pudo arrancar todavía una declaración de guerra, y el decreto que encargó á los dos cónsules y á Octavio de hacer levantar el cerco de Módena no hablaba sino de apaciguar un tumulto (3). Octavio recibió para esta campaña el título de propretor con el imperio y un poder igual

(2) Vel. Patérculo (II, 61) hace observar que sólo Sila y Pompeyo tenían hasta entonces estatuas ecuestres. Para que se concediera el mismo honor á un joven de 19 años, era preciso que en el senado hubiera muchos partidarios de César.

(3) La palabra *tumultus* tenía dos sentidos: designaba una guerra formidable que exigía los esfuerzos de todos los ciudadanos ó una turbulencia que no merecía el nombre de guerra. Cicerón lo había tomado en un sentido y el senado en otro. Sin embargo los ciudadanos vistieron el *sagum* de los soldados, y cada uno contribuyó con el 5 por 100 de sus haberes; los senadores añadieron á esta contribución general 4 óbolos por cada una de las tejas de su casa, como pagamos nosotros por puertas y ventanas.

al de los cónsules en ejercicio. Por otro senadoconsulto se prohibía que se le llamara niño (1).

Antonio tenía en Roma numerosos amigos que hicieron se tomara el acuerdo de enviarle segunda embajada y para desembarazarse de Cicerón lo nombraron uno de estos diputados. No á deshora echó de ver Marco Tulio el lazo que se le había tendido, y con su segunda *Philippica* hizo revocar una decisión que hubiera dado tiempo á Antonio para rendir la plaza por hambre. Las cartas de Sexto Pompeyo, que reunía fuerzas en Marsella y ofrecía sus servicios, y las noticias de Oriente, según las cuales, Bruto y Casio estaban en posesión de sus respectivas provincias de Siria y Macedonia, vinieron á pedir de boca para secundar la elocuencia de Cicerón, el cual arrastró, en fin, al senado.

A mediados de marzo del 43 entraron en campaña Hircio y Octavio y á fines del mismo mes se les incorporó Vibio Pansa con nuevas fuerzas. Antonio procuró decidirlos á que se reunieran con él, recordándoles que todos eran cesaristas; que el jefe á quien cercaba era uno de los asesinos de César y que ellos serían las primeras víctimas del partido cuyas pasiones servían. El cónsul Hircio envió la carta de Antonio á Cicerón, el cual la leyó en el senado con un elocuente comentario.

Bellos son estos últimos días del célebre orador latino; traía ahora á los negocios públicos toda la actividad, que desde Farsalia venía dando á sus labores literarias, que tantas obras maestras produjeron (2). Aquella tribuna, muda hacía ya quince años, volvía á resonar con los acentos de la elocuencia, pues Cicerón se enseñoreaba de ella para devolverle todo su poder y esplendor. Un anciano, á quien hubiera podido creerse quebrantado por la edad y las vicisitudes de una vida tan agitada, venía á ser por sí solo todo el gobierno. En el senado infundía confianza á los tímidos y valor á los cobardes; en la ciudad, vestido de guerrero, para advertir á todos la inminencia del peligro, provocaba los donativos voluntarios para suplir los recursos del exhausto tesoro y excitaba á la abnegación á los pobres que trabajaban sin salario para abastecer los desprovistos almacenes. Sus cartas iban á las provincias á sostener la constancia de los sitiados de Módena, á retener á Planco y á Lépido, á confirmar las disposiciones favorables del joven Pompeyo y á llamar en auxilio del senado á Polión de España, á Bruto de Macedonia y á Casio de Siria. Este le escribía: «Admírome de lo que haces superándote á tí mismo: el consular vale más que el cónsul, y tu toga más que nuestros ejércitos.»

Pero Lépido no se dignaba contestar; instaba al senado á tratar con Antonio y atraía á Polión y á Planco á su cautelosa política, ó á lo menos, poco senatorial: el hijo del proscrito del 78 y el antiguo maestre de la caballería de César, tenía intereses que no le podía hacer olvidar la retórica de Cicerón. En cuanto á los tiranícidas, estaban muy lejos y fuera de estado de intervenir en el conflicto que había de decidirse tan cerca de Roma. Ya uno de ellos, Trebonio, había pagado su deuda de sangre: Dolabela lo había sorprendido en Esmirna y condenado á muerte. Más tarde hubo de referirse que amenazadores presagios habían anunciado las calamidades públicas: la Madre de los dioses, cuya estatua se elevaba en el Palatino mirando al levante, vol-

(1) *Ne quis eum puerum diceret, ne majestas tanti imperii minueretur* (Servio, ad *Eclóg.* I).

(2) *Plura brevi tempore eversa, quam multis annis stante republica scripsimus* (de *Offic.* III, 1): las *Particiones oratorias*, el *Bruto*, las *Paradojas*, el *Orador*, los *Académicos*, *De los verdaderos bienes y de los verdaderos males*, las *Tusculanas*, los tratados de la *Vejez*, la *Amistad*, el *Destino*, la *Gloria*, los *Deberes* y los *Tópicos*.

vió súbitamente la cara al poniente, como si no quisiera ya ver los lugares ocupados por los asesinos; y la de Minerva en Módena, sudó sangre. Los dioses pues se hacían cesaristas: á lo menos el pueblo á quien se contaban estos prodigios, lo pensaba así, porque los prodigios se hacen siempre para aquellos que están dispuestos á creerlos.

Una ligera ventaja obtenida por las tropas de Antonio antes de la reunión de los tres generales del senado, llevó la inquietud á la ciudad. El 15 de abril del 43, llegó Pansa cerca de Bolonia, donde se encontraban sus colegas, y los dos días siguientes se batieron con encarnizamiento en tres



La Madre de los dioses (3)

puntos á la vez. Pansa estaba ya mortalmente herido y sus tropas retrocedían en desorden sobre *Forum Gallorum* (Castel-Franco), cuando llegó Hircio á la cabeza de veinte cohortes y obtuvo la victoria.

Durante esta doble acción, había defendido Octavio el campamento contra el hermano de Antonio. Este supuso que espantado el joven César de sus primeros ataques, había huido sin insignias y que durante dos días no se le había vuelto á ver. Pero otras narraciones encomiaban, al contrario, su valor, asegurando que había tomado y retenido mucho tiempo un estandarte en lo más recio de la pelea. Por lo demás, los soldados dieron á sus tres jefes el título de *imperator*.

Los dos ejércitos volvieron á sus líneas; pero urgía liberar la plaza, si no se quería que el hambre abriera sus puertas. Antonio la ceñía estrechamente y nada podía entrar ni salir de ella, y unas redes puestas en el Secchia y en el Panaro interceptaron las comunicaciones que habían establecido audaces nadadores. «Pero Anonio, dice Plinio, no era dueño del aire.» Y en efecto, algunas palomas viajeras lle-

(3) Estatua del Vaticano (Museo Pio-Clementino, I, p. 63).



vaban al campamento de los cónsules los mensajes de Décimo Bruto.

Apremiados por éste para que introdujeran algún socorro en la plaza, Hircio y Octavio forzaron las líneas enemigas (27 abril). Pero Hircio pereció en la demanda y su colega Pansa murió el día siguiente á consecuencia de las heridas que había recibido en la primera acción (1).

Antes del combate de Castel-Franco, había corrido en Roma la voz de haber sido derrotado uno de los cónsules, y algunos amigos de Antonio, para preparar un movimiento contra Cicerón, decían que el 22 de abril se haría elegir dictador el antiguo consular. Aquel mismo día llegó la noticia de la primera batalla, y sin demora hizo votar Cicerón acciones de gracias á los dioses, recompensas para las tropas y un monumento para consagrar la memoria de los que habían sucumbido en defensa de la patria. Cuando se conoció el resultado de la segunda batalla, corrió el pueblo á casa de Cicerón y lo condujo al Capitolio con grandes aclamaciones. Hubiérase dicho que el verdadero vencedor era el elocuente anciano, que había obligado al senado á combatir y á triunfar. «Este día, escribía Marco Tulio á Bruto, me ha compensado de todas mis penas» (2).

La guerra en efecto parecía terminada: Antonio huía hacia los Alpes, abriendo las prisiones á su paso para reclutar miserables para su ejército (3). Pero ya libre Décimo Bruto, lo seguía con todo su coraje. Planco que, atraído al senado, acababa de fundar por orden suya la ciudad de Lion, descendía de aquí con un ejército para cerrarle el paso, y Lépido había renovado sus protestas de fidelidad.

Con esto, se creyó que no había ya que guardar ningún miramiento, y diez senadores, bajo la presidencia de Cicerón, se encargaron de examinar los actos de Antonio: era el primer paso hacia la abolición de los mismos actos de César.

Los amigos del prócsul fugitivo tuvieron que pasar por muchas inquietudes y molestias; se pidió cuenta á Fulvia, su esposa, de las riquezas mal adquiridas por su esposo; pero el prudente Atico se apresuró á ofrecerle sus servicios.

#### IV.—FORMACIÓN DEL SEGUNDO TRIUNVIRATO.

##### LAS PROSCRIPCIONES. MUERTE DE CICERÓN (43).

En estas alegrías y fiestas estaba casi olvidado Octavio. A nombre de Décimo Bruto se decretaron los cincuenta días de rogativas; hasta se quitó á Octavio la dirección de la guerra para confiársela al general que él mismo acababa de salvar, bien que Bruto no tuviera más que sombras ó fantasmas por soldados, como él mismo decía.

Por otra parte, los triunfos de Casio en Asia, los progresos de Bruto en Macedonia, los de Sexto Pompeyo en la mar aumentaban aun la confianza, y además estaban para llegar de Africa dos legiones. ¿Qué necesidad había ya de aquel niño?

Antes de expirar el cónsul Pansa, había llamado á Octavio á su lecho de muerte, según se decía, y después de hablarle de su gratitud para con César, del deseo que había guardado en su corazón de vengarle un día, hubo de añadir que el heredero del dictador, odiado del senado, no tenía más que un medio de salvación y era la reconciliación con Antonio.

(1) La muerte de los dos cónsules era un acontecimiento demasiado avorable á Octavio para que no se le acusara de haberlo causado, y en efecto, se dijo que el joven César había dado muerte por su mano á Hircio en medio del combate, y envenenado las heridas de Pansa (Suetonio, *Octav.* 11; Tácito, *Ann.* 1, 10).

(2) *Cic. ad Brutum*, III.

(3) *Id. ad Famil.* XI, 10; Apiano, *Bell. civ.* III, 78.

No necesitaba ciertamente el joven César estos consejos. Cuando Décimo Bruto fué á darle las gracias, como quien le debía la libertad y la vida: «No he tomado las armas por tí, le contestó; el asesinato de mi padre es un crimen execrable, y no he combatido sino para humillar el orgullo y ambición de Antonio.» Aquel día, escribió Décimo á Cicerón para que desconfiara de este hijo tan celoso.

Satisfecho por su parte Octavio de haber probado á todos que era preciso contar con él, no quería derrotar al antiguo teniente de César; dejó á Ventidio llevarle á través de los Apeninos dos legiones levantadas en la baja Italia, y Antonio, flojamente perseguido, llegó sin obstáculo ni contratiempo á la ciudad de Frejus, donde puso término á las indecisiones de Lépido arrastrando sus tropas (29 mayo). Un celoso republicano, amigo de este general, Yuventio Laterense, lo había desviado hasta entonces de esta alianza, y cuando vio á los dos generales abrazarse se traspasó con su espada.

Décimo Bruto era demasiado débil para hacer frente con sus reclutas á tan respetables fuerzas, que se aumentaron todavía, algún tiempo después, por la defección de Asinio Polión, el gobernador de España, y por la de Planco, el gobernador de la Galia Cabelluda; y Antonio se vió al frente de veintitrés legiones.

Entonces fué preciso acordarse de Octavio. Para retenerlo hasta la llegada de Casio y de Bruto, cuyo regreso aceleró el senado por medio de un decreto, Cicerón quería que se le colmara, que se le *abrumara* de honores (4). Hízole conceder la ovación, lo que era un medio de separarlo de sus legiones, porque era el uso que el general licenciara á sus tropas después del triunfo. Se intentó también obrar sobre sus soldados; se les ofrecieron tierras y dinero, sobre todo licencias, y se procuró sembrar la discordia en sus filas dando á los unos y negando á los otros.

Finalmente, habiéndose alejado de su campamento Octavio por algunos días, se presentaron en él algunos diputados del senado. Los soldados se negaron á oírlos; pero ellos mismos enviaron á Roma una diputación de cuatrocientos veteranos, los cuales declararon gallardamente en la curia que su jefe, dispensado como estaba por un senadoconsulto de la observancia de las leyes *Annales*, deseaba ir á pretender el consulado. Y como se negara la autorización: «Si no se le concedéis, replicó uno de ellos golpeando su espada con la mano, esta lo autorizará.» Y volvieron al campo de Octavio, el cual pasó muy luego el Rubicón á la cabeza de ocho legiones.

El senado procuró detenerlo con una humilde embajada que lo concedía todo, hasta una largueza de 2,500 dracmas para los soldados en recompensa de su insolente bravata; pero siendo ineficaces sus humillantes esfuerzos, se apeló al gran valor de los antiguos tiempos; se vistió el traje de guerra, se armó á todos los ciudadanos, se removió un poco la tierra en el Janículo para hacer fortificaciones, etc. El pretor Cornuto, celoso republicano, estaba animado del más belicoso entusiasmo, y además contaba con las dos legiones recién llegadas de Africa. Pero en cuanto apareció el joven César, se pasaron á su causa. El mismo día entró en la ciudad con aplauso del pueblo, y los senadores se dieron buena prisa á ir á hacerle la corte. Cicerón llegó más tarde. «¿Cómo así! le dijo irónicamente Octavio, ¿cómo te muestras el último de mis amigos?»

Marco Tulio huyó la noche inmediata, mientras Cornuto se daba por su propia mano la muerte.

(4) *Cesarem laudandum et tollendum*. Esta palabra tiene dos sentidos, el último siniestro.

Una asamblea popular proclamó cónsul á Octavio dándole por colega el designado por el mismo, su pariente Pedio (22 set. 43), con el derecho de elegir el prefecto de la ciudad. ¡Y aun no había cumplido los 20 años (1)! Hizo desde luego ratificar su adopción, levantar la proscripción decretada contra Dolabela y distribuir á expensas del tesoro las recompensas prometidas á las tropas (2).

Pedio, por su parte, propuso que se hiciera una información sobre la muerte de César, y para comprender ó complicar en ella á Sexto Pompeyo, envolvió en la acusación, no sólo á los asesinos, sino también á sus cómplices, aun á los ausentes de Roma en los momentos de la ejecución. El proceso comenzó sin demora: Décimo Bruto fué acusado por Cornificio; Casio por Agripa, etc., y se les condenó al destierro y á la pérdida de sus bienes. De todos los senadores, uno solo se atrevió á defenderlos, y algunos meses después pagó con la cabeza su audacia.

Ahora ya podía Octavio tratar con Antonio sin temor de que lo eclipsara. Era cónsul, tenía un ejército, mandaba en Roma y á su alrededor se habían agrupado todos los cesaristas descontentos y alejados por las violencias é inconstancia de Antonio. Su interés le aconsejaba esta alianza, porque solo, no hubiera podido luchar contra las veinte legiones que Bruto y Casio habían reunido ya en Oriente. Pedio tomó la iniciativa haciendo revocar el decreto que ponía fuera de la ley á Lépido y Antonio. Esta noticia decidió la defección de Planco. Abandonado de él y muy luego de todos sus soldados, procuró Décimo Bruto alcanzar la Macedonia á favor de un disfraz, y reconocido y preso por un jefe galo, solicitó una entrevista con su antiguo compañero de armas. Antonio contestó dando el orden de enviarle la cabeza del fugitivo, y cumplida hizo saber á Octavio que había inmolado esta víctima á los manes de César. Era la segunda que caía (3). Después de este cambio de favores, hubo de costar ya poco á Lépido atraerlos á un alojamiento, que secretos emisarios preparaban sin duda desde la batalla de Módena.

A fines de octubre se reunieron los tres jefes cerca de Bolonia, en una isla del Reno (4), á cuyas orillas se extendieron cinco legiones por cada parte. Tomáronse minuciosas precauciones, como se tomaran en la Edad media, para prevenir una traición. Lépido visitó la isla, y Antonio y Octavio se registraron al encontrarse. Tres días pasaron en formar el plan del segundo triunvirato y en arreglar entre ellos la repartición del mundo romano. Octavio debía hacer dimisión del consulado, y ser reemplazado en este cargo por Ventidio,



Antonio, triunviro (5)

teniente de Antonio. Se creaba una nueva magistratura con la denominación de *triumviri rei publicae constituendae*: Lépido, Antonio y Octavio se apropiaban el poder consular por cinco años, con el derecho de disponer por el mismo tiempo de todos los cargos públicos, y sus decretos

(1) *Consulatum iniii Cesar pridie quam viginti annos impleret* (Vel. Patere. II, 65).

(2) 2,500 dracmas á cada soldado. De aquí el uso de dar la misma cantidad á todos los legionarios que entraban en armas en Roma, después de haber proclamado un imperator (Dion, XL, 46).

(3) Trebonio fué la primera. Basilo fué por aquel tiempo degollado por sus esclavos á quienes trataba cruelmente (Ap. *Bell. civ.* III, 98), y Aquila pereció en los combates de Módena.

(4) Probablemente en Crocetta del Trebbio, á 2 millas al O. de Bolonia, donde se ve un islote de 500 pasos de longitud.

(5) M. ANTONIVS III. VIR. R. P. C. Cabeza descubierta de Antonio; detrás el *lituus* augural. Moneda de oro.

debían tener fuerza de ley sin necesidad de la sanción del senado ni del pueblo. Finalmente se reservaban cada uno dos provincias al rededor de Italia: Lépido la Narbonense y la España Citerior; Antonio las dos Galias; y Octavio el Africa, la Sicilia y la Cerdeña. El Oriente, ocupado por Bruto y Casio, quedó indiviso, como Italia; pero Octavio y Antonio debían ir á batallar contra los asesinos, mientras Lépido velara por los intereses de la asociación, permaneciendo en Roma.

Los triunviros tenían un total de cuarenta y tres legiones, y para asegurarse de su fidelidad, se comprometieron á darles después de la guerra cinco mil dracmas á cada legionario y las tierras de diez y ocho de las más ricas ciudades de Italia, entre otras, Reggio, Benevento, Venusia, Nuceria, Capua, Ariminum y Vibona.

Cuando se consignaron por escrito estas condiciones y juraron todos y cada uno de los tres su estricta observancia, leyó Octavio á las tropas las condiciones del tratado, y las tropas exigieron por su parte que, para cimentar la alianza, se casara el joven César con una hija de Fulvia (6).

El ejército heredaba, en efecto, la soberanía del pueblo: él deliberaba, aprobaba ó desaprobaba; el campamento venía á reemplazar el Foro, con gran mengua de la disciplina y el orden. No hablemos de la libertad: en otro tiempo, después del funesto golpe de los idus, la palabra, si no la cosa, había reaparecido con frecuencia; pero el último de los ciudadanos de Roma, el que acababa de hacer oír una voz libre, estaba ya proscrito.

Por esa fatalidad inexorable de las expiaciones históricas que tantas veces hemos señalado en el curso de estas narraciones, el partido senatorial iba á sufrir la ley que él mismo había impuesto al partido contrario: las proscripciones y las confiscaciones de Sila iban á comenzar de nuevo; pero la nobleza es ahora la que pagará con su sangre y con sus bienes el crimen de los idus de marzo y el recuerdo del río de sangre y lágrimas con que cuarenta años antes inundó la oligarquía á Roma y á Italia.

Más tarde se contó que muchos prodigios hubieron de anunciar los furores triunvirales. Uno solo hubiera merecido ser verdadero: unos buitres, se decía, habían venido á posarse en el templo consagrado al genio del pueblo romano. Y en verdad aves de presa eran las que acudían ávidas de carne humana.

Los triunviros se hicieron preceder en Roma por la orden enviada al cónsul Pedio para que diera muerte á diez y siete de los más notables personajes del Estado: Cicerón era de este número. Después llegaron uno tras otro: Octavio entró primero; el día siguiente Antonio, y Lépido á los tres días. Una legión y una cohorte pretoriana rodeaba á cada uno de los triunviros.

Los habitantes de Roma veían con espanto aquellos soldados silenciosos, que iban sucesivamente á tomar posición á todos los puntos estratégicos para dominar desde ellos la ciudad. Todavía se pasó un día más en ansiedad cruel: luego, algunos hombres reunidos por un tribuno en el Foro, dieron un plebiscito que sancionaba la usurpación legalizando el triunvirato (27 noviembre).

Finalmente, por la noche se fijó en todas las esquinas el edicto siguiente:

«Lépido, Marco Antonio y Octavio, elegidos triunviros para reconstituir la república, hablan así: Si la perfidia de los malvados no hubiera respondido con el odio á los beneficios; si los hombres á quienes César salvó con su cle-

(6) Clodia, hija del primer matrimonio de Fulvia con el turbulento Diodio.